



Capítulo 1

LA CATEQUESIS, UNA SIEMBRA SAGRADA

A: ¿Qué es la catequesis?

La carta se llama: “Deus Caritas est” (Dios es amor). La escribe Benedicto XVI. Como no podría ser de otra forma, nos habla de Él y de nosotros. Y de la inmensa alegría de encontrarlo:

“No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el **encuentro** con un acontecimiento, con una **Persona**, que da un nuevo horizonte a la vida y con ello, una orientación decisiva”¹.

Desde esta perspectiva, ¡qué grande es la tarea del catequista! Porque la catequesis es ni más ni menos que **un modo ideal por el que se hace posible este encuentro tan decisivo y trascendente**. Este encuentro personal, de “Tú a tú”. “Señor, me has mirado a los ojos, sonriendo has dicho mi nombre” cantamos en la Santa Misa. **Un encuentro de amor** que, como catequistas hemos experimentado algún día en especial, queremos refrescarlo en nuestro corazón una y otra vez y compartirlo con quienes nos rodean.

“El fin definitivo de la catequesis es poner a uno no solo en contacto sino **en comunión, en intimidad con Jesucristo**: solo Él puede conducirnos al amor del Padre en el Espíritu y hacernos partícipes de la vida de la Santísima Trinidad”².

¹ Benedicto XVI, Carta encíclica: “*Deus caritas est*”.

² C T n. 5

Dar catequesis es poner a cada persona frente a Jesús. Es poner los medios divinos y humanos que están a nuestro alcance para favorecer este encuentro único y personal. El más importante de la vida; ese beso en la frente, ese ser y saberse mirado, elegido y amado por Él. “La fe –dice León XIV- es ante todo, una respuesta a una mirada de amor³.

Un encuentro, una mirada que nos “llena el corazón y la vida entera”⁴.

Y ya en los evangelios disfrutaremos estos primeros encuentros. Dado que en estos libros sagrados anda Jesús “palpitando” entre sus páginas, será allí mismo, caminando a Galilea o a Caná donde lo encontraremos. O tal vez en Nazareth, hablando con sus íntimos amigos, o con los que pasan a su lado o entre la muchedumbre. Allí nos asomaremos a estos primeros “encuentros” y por supuesto, a quienes los provocaron. Es decir, a los primeros catequistas...

Recordemos por ejemplo, aquella sabrosa escena en la que un grupo de buenos hombres se las ingenian para que Jesús cure a su amigo paralítico (Mc. 2, 1-12 . Mt. 9,1-8).

¡Qué amigos! Son pura fe y amor. Es tal la fe que tienen en Jesús, que hasta rompen el techo para poder ubicar a su amigo postrado frente a Él. Ellos saben lo que quieren, las complicaciones no los acobardan. Están convencidos que Jesús todo lo puede. Y así lo es: Jesús no solo cura el cuerpo del paralítico sino también su alma. “Vete en adelante no peques más” –lo anima a quien yacía postrado y ahora se ha puesto en pie. ¿Qué hicieron aquellos amigos? Ellos tendieron un puente, “hicieron de puente”. Mejor dicho, más que “hacer”, ellos “fueron”. **Ellos fueron el puente.** Nada más. Nada menos. ¿Se hubiera podido curar el paralítico sin la intervención de ellos? Claro que sí. Para Dios nada es imposible.

Pero Jesús quiso que aquellas manos amigas realizaran su amorosa y decisiva labor para que el paralítico se cure y pueda caminar sano y salvo. (Nunca tan apropiada la expresión).

3 León XIV, a los participantes en el seminario: “*Evangelizar con las familias de hoy y de mañana*”. 28 de mayo, 2025.

4 Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* n.1

Precisamente, en esto consiste la catequesis; en tender puentes. Jesús hará el resto: sanar y salvar.

Dar catequesis es tender puentes con una buena cuota de ingenio y esfuerzo y una **inmensa dosis de amor y de fe** para que cada persona pueda ser reconfortada, curada y salvada por Jesús. Para que quede sana y reciba la Gracia de Dios. Para que pueda vivir “la maravillosa experiencia del encuentro con Jesús”⁵.

Dar catequesis es tender la mano, una mano necesaria e insignificante a la vez.

Dar catequesis es confiar en Dios. Es saber que Él todo lo puede. Qué Él puede curarnos y ponernos de pie. Nosotros, los catequistas somos indignos instrumentos que haremos lo que está en nuestras manos. Lo grande lo hará Él. Somos el sobre, Él es la carta.

B: Es Jesús quien nos llama

Tender puentes, provocar un encuentro, el gran encuentro, el decisivo. ¿Por qué yo? -tal vez nos preguntemos- ¿por qué yo que soy tan poca cosa, tan flojo y miserable? ¿No habrá gente más virtuosa para semejante labor? Además...Con todo lo que tengo que hacer... con lo difícil que es educar hoy... ¿por qué tendré que meterme en semejante “baile”?

Si alguna vez nos asaltan este tipo de preguntas, no dudemos, es Jesús mismo quien nos lo pide, quien nos impulsa y anima: “Vayan, pues, y enseñen a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, **y enseñándolas a cumplir todo cuanto yo les he mandado**”. (Mt. 28,16-20). Como si fuera un legado, un “broche final”, las palabras esenciales de quien se despide, como si fueran sus póstumas palabras, nos anima a ir y enseñar.

Y nosotros lo hemos escuchado. Porque, como dice León XIV: “En la raíz de toda vocación está Dios, su misericordia, su bondad

⁵ León XIV, a los participantes en el seminario: “*Evangelizar con las familias de hoy y de mañana*”. 28 de mayo, 2025.

generosa”⁶.

Hemos procurado ser dóciles a su llamado que tantas veces habla en lo secreto. Hemos experimentado el amor de Dios y, a pesar de nuestras flojeras, deseamos con toda la fuerza del corazón compartirlo.

Ciertamente, este “baile en el que nos hemos metido” implica circunstancias que no siempre son fáciles: indiferencia de los chicos o de los padres, un horario muy temprano o muy tarde. O una preparación y dedicación que implica dejar a un lado otras actividades atractivas.

Sí. La siembra puede ser difícil. Como los amigos del paralítico, no nos acobardemos ante las dificultades. Cuando hay amor a Dios, los obstáculos se superan. “El que ama, corre, vuela y goza”⁷. Vale la pena con creces compartir la joya infinita del amor de Dios con quienes nos rodean. Quien compensa el ciento por uno lo agradecerá con esa abundante generosidad que lo caracteriza.

“Vayan y enseñen a cumplir todo”... San Pablo el gran apóstol, haciéndose eco de estas palabras de Jesús expresa: “¡Ay de mí si no predicara el Evangelio!” (1 Cor. 9,16). Y manifestando la urgencia de esta labor dice: “La caridad de Cristo nos urge” (2 Cor. 5,14).

Urgió allí por el siglo I. Y urge hoy. Qué candente y actual resulta esta “urgencia de la fe” en nuestro siglo XXI. Es inmensa la muchedumbre de personas que necesitan se les dé a conocer y a amar a Dios. Como cristianos sintamos la urgencia, la “picazón” la sed de colaborar con la recristianización del mundo. La recristianización de la cultura, la familia y las leyes. La recristianización de los medios de comunicación, las costumbres, el estilo de vida, la moda. Incluso, la recristianización de la mismísima educación. En fin, la recristianización de cada mujer y de cada hombre. Esta inmensa muchedumbre contemporánea de la que formamos parte también nosotros. Que todos los días haremos de hijo pródigo, volviendo una y otra vez al Amor de los amores.

6 León XIV, Basílica de San Pablo extramuros. Martes, 20 de mayo de 2025 (cfr. San Agustín, comentario al salmo 130,9).

7 Tomás de Kempis, *Imitación de Cristo*. Editorial San Pablo

C: Dar catequesis es “haber visto al Señor”

María Magdalena ha visto morir al Señor y no tiene consuelo. Laten en su corazón aún con fuerza las duras horas de la Pasión⁸. Con las primeras luces del domingo, ella y otras mujeres han ido al sepulcro y ven la piedra corrida. María Magdalena corre a contarlo a Pedro y Juan. Luego, vuelve allí, donde lo han sepultado. Está sola y llora.

-¿Mujer por qué lloras? -escucha entre sollozos- ¿A quién buscas? Ella piensa que es el encargado del huerto. Pero Jesús la llama por su nombre: ¡María! Es la inconfundible voz del Señor. Las lágrimas ahora son de emoción. Loca de felicidad exclama: - ¡Maestro! Y se arroja a sus pies con toda la veneración que cabe en un corazón santo.

María corre a la ciudad y anuncia a sus discípulos: “¡He visto al Señor! y me ha dicho estas cosas”⁹. Después de anunciarlo a los apóstoles, María Magdalena iría por toda la ciudad, exultante de alegría transmitiendo a quien la escuche: ¡He visto al Señor!

Salvando las distancias, los catequistas... ¡hemos visto al Señor! Y, como María Magdalena hemos de anunciarlo también locos de amor.

Lo hemos visto en la Santa Misa. De rodillas, lo hemos visto en la Consagración y lo hemos comido en la Sagrada Comunión.

Lo hemos visto en el bendito silencio del Sagrario, loco de amor por nosotros, encerrado en esta “cárcel de amor”¹⁰.

Lo hemos visto en el perdón del sacramento de la confesión. Lo hemos oído en la amorosa absolución sintiendo su abrazo de Padre misericordioso.

Lo hemos visto en el amor de los santos y en la Santa Iglesia porque Él estará con nosotros hasta el fin del mundo.

Lo hemos visto en el más pequeño de los suyos, en los que están solos, hambrientos, enfermos o encarcelados. Porque en ellos está Él¹¹.

Sí, como María Magdalena, lo hemos visto y lo hemos encontrado resucitado.

8 Lc. 24,1-25

9 Jn. 20,18

10 San Josemaría Escrivá. “*Forja*” p. 827. Editorial Rialp

11 Mt.25,40

Dar catequesis es compartir la alegría de haberlo visto. Más aún: los catequistas no solo lo hemos visto; hemos estado con Él en tantos momentos. **¡Y estamos hoy!** Que en nuestras palabras y actitudes esté latiendo este feliz encuentro con el Señor: Lo he visto, me ama, te ama, y no puedo más que compartirlo. Que en nuestros encuentros de catequesis emane por los poros este amor de Dios que, a pesar de nuestras miserias, hemos vivenciado y estamos deseando compartir. La auténtica catequesis es la que brota de un corazón enamorado y se derrama con toda felicidad en quien nos escucha.

Como los discípulos de Emaús hemos sentido arder nuestro corazón “mientras nos explica las escrituras” y caminamos junto a Él.

Es el amor a Dios y al prójimo el que enciende la llama de la catequesis. Sin esta “llama de amor encendida” sin este “corazón ardiente” de los discípulos de Emaús y del mismo Jesús en la última Cena, la catequesis se abaja a una clase interesantísima, pero nada, nada más. Llama de amor que, poniendo todos los medios divinos y humanos deseamos se encienda en quien nos escuche. “Porque si alguien ha acogido ese amor que le devuelve el sentido de la vida, ¿cómo puede contener el deseo de comunicarlo?”¹²

Llama de amor que pedimos ¡imploramos! al Señor nos ayude a mantenerla viva:

El catequista es un mendigo de Dios que le implora hasta el amor con quiere que lo ame.

D: La catequesis, una labor sagrada

Aquí estamos, inmersos en esta labor sagrada. Sí; sagrada, así la llamó San Juan Pablo II en su importante documento sobre catequesis que se llama: **“Catechesi Tradendae”**. Lo escribió en los primeros años de su pontificado. En los primeros años... se advierte que la catequesis y los catequistas le importábamos. Catechesi Tradendae nos brinda maravillosas reflexiones que iluminan nuestra labor. Por eso, será citado una y otra vez.

12 Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* n. 8

La catequesis –nos escribe San Juan Pablo II- es sagrada porque:

- Es Sagrado quien te lo pide: Dios mismo.
- Es Sagrado quien te asiste: “Nadie puede decir Señor si no está inspirado por el Espíritu Santo”.
- Es Sagrada la meta: conducir a las personas a Dios¹³.

La película: “Rescatando al soldado Ryan” trata sobre Ryan, un soldado que lucha en la segunda guerra mundial y está condenado a morir. Por ser el único hijo sobreviviente de una madre viuda tiene derecho a que no lo maten. Por tal motivo, los enemigos eligen otro soldado para que muera en vez de él. Antes de morir, este soldado elegido del montón, lo interpela a Ryan: “Voy a morir en vez de vos. Que tu vida valga la pena”.

Salvando las distancias, la expresión del soldado nos viene bien para iluminar y aplicarlo de un modo infinito a nuestra labor: Que tu vida, que la vida de todo hombre que pisa este mundo, valga la pena, **¡qué valga la pena la redención!** Que por vos, por él, por ella, por tus amigos, por tus alumnos... ¡qué valga la pena la redención!

Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre ha muerto y resucitado. Con su sangre nos ha redimido. ¿Cómo va a valer la pena la vida de cada hombre, cómo va a valer la pena la redención si no se enteran? **¿Cómo corresponder al inmerecido don de la redención si no se enteran?** ¿Cómo puede corresponder el hombre de hoy al Dios amoroso y redentor si no tiene un padre, una madre o un catequista que le facilitó un encuentro personal y amoroso con Él? Que no quede nadie de nuestro entorno sin saber que Jesús murió por él, por ella. Que nos rescató a gran precio para merecer **por sus méritos** el cielo para siempre.

¡Cuánto habla Jesús en la cruz! No solo lo que quedó escrito en los Evangelios. Hay más: sus brazos abiertos son un perpetuo clamor de amor. Un “*te quiero hasta el dolor*”, un “*te quiero hasta morir por vos*”. Un “*aquí estoy, me entrego por vos. Te quiero hasta el Cielo*”.

Pero cuántos pasan indiferentes ante la cruz... Un buen catequista reza y pone todo de sí para que Jesús sea realmente

13 C Tn. 14

quien es: Dios hecho hombre que nos ha salvado, nos ha abierto las puertas del Cielo, nos interpela, nos llama a cada uno por su nombre invitándonos a seguirle.

Así, hemos llegado a otro enorme motivo que hace Sagrada nuestra labor:

Dar catequesis, es colaborar con la Gracia de Dios para que puedan aplicarse a cada persona los méritos de la redención. Dar catequesis es educar y animar a cada persona a que, con la ayuda divina, corresponda a la redención.

E: Acudiendo a la “frescura” de la palabra catequesis

Decía el filósofo Gustave Thibon que cuando acudimos a la etimología de las palabras, estas, recuperan su frescura. Su esencial razón de ser. Con las palabras -explicaba Thibon- sucede algo así como con las cosas; con el paso del tiempo se van desgastando, pudiendo llegar a perder su significado esencial¹⁴.

Vayamos a la etimología de la palabra catequesis para recuperar su frescura y descubrir su significado esencial. Catequesis es una palabra que viene del griego y significa: “hacer eco”. Nunca tan acertadas las palabras de Thibon, porque efectivamente, yendo a la etimología de la palabra, nos encontramos con toda la frescura de esta sagrada labor.

Porque dar catequesis es hablar de Dios... Sin embargo, es mucho, ¡muchísimo más! Lo que importa, lo que realmente importa es que aquello que transmitimos -con nuestras palabras y con nuestra propia vida- **haga eco** en quien nos escucha. De nada sirve que comuniquemos las grandes verdades de la fe si no “hacen eco” en la inteligencia, el corazón, la voluntad, el modo de actuar y en el estilo de vida de quien nos escucha. De este modo, de la mano de su etimología, yendo a la frescura de la palabra catequesis, podemos entender el fin de esta sagrada labor.

¹⁴ Cfr. Gustave Thibon, “*El equilibrio y la armonía: un compromiso para afrontar la vida con serenidad*”. Ed. Belacqua

“Se trata, en efecto, de hacer crecer, a nivel de **conocimiento y de vida**, el germen de la fe sembrado por el Espíritu Santo con el primer anuncio y transmitido eficazmente a través del bautismo”¹⁵.

Hacer eco... **El fin de la catequesis es enseñar verdades y que estas verdades hagan eco, que vibren, que transformen, que lleven a responder, más bien a corresponder, a tanta bondad de Dios.** Que muevan a rezar, amar, obrar y a vivir coherentes con la fe.

Sin este “resonar” no hay catequesis. Por eso, nos explicaba Benedicto, que este maravilloso encuentro con la persona de Jesús, da **un nuevo horizonte** a la vida y, con ello, una **orientación decisiva**”¹⁶.

“La fe cristiana es, ante todo, la acogida del amor de Dios revelado en Jesucristo, la adhesión sincera a su persona y la **decisión libre de seguirlo**”¹⁷.

El “eco” que supone la auténtica catequesis es un **“eco vital”**, que lleva a vivir “una vida grande”, de dimensiones infinitas. Algo semejante sucede con los cuatro Evangelios; “Todo esto fue escrito -resume San Juan en el Evangelio- para que ustedes crean que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que, **al creer en su nombre, tengan vida**”¹⁸.

F: La catequesis: la “mejor parte” de la vida y del mundo

“Marta, Marta, tú te preocupas y agitas por muchas cosas; y hay necesidad de pocas, o mejor, de una sola. María ha elegido la mejor parte, que no le será quitada” (Lc. 10, 38-42) -dice cariñosamente el Señor a la afanosa Marta. Por cierto, una santa que se ocupaba de las labores del hogar. Pero volvamos a María. ¿Cuál es esa “mejor parte” que María realizaba y Jesús ponderó? Lo cuenta el Evangelio: ella estaba sentada a los pies del Señor, escuchando su

15 C T n. 20

16 Benedicto XVI, Carta encíclica: “*Deus caritas est*”

17 D C n. 18

18 Jn. 20,31

Palabra. En pocas palabras: estaba rezando. Y aunque los saberes humanos y los nobles afanes de la vida cotidiana (los de Marta) son necesarios, qué importantes y necesarios son los afanes divinos. Afanes divinos entre los que se encuentran dar y recibir catequesis. **¡Qué importante es nuestra labor catequística!** Nos lo dice el mismo Señor: ¡Es la mejor! La “mejor parte”. Porque, **al dar catequesis, estamos enseñando a “estar frente al Señor y escuchar su Palabra”.** Pero además, como si esto fuera poco, **al dar catequesis estamos enseñando a vivir.** A vivir en este mundo y a vivir para el Cielo.

En estos tiempos en que las maravillosas y admirables redes sociales tanto nos solucionan y colaboran, bien sabemos, también pueden seducirnos al punto de estropearnos la vida. Son innumerables las investigaciones que nos advierten sobre las crisis de salud mental en niños, jóvenes y adultos provocadas por la pegajosa adicción a las redes.

Pues bien, ante este complejo y enredado panorama que invade nuestras generaciones del siglo XXI, la catequesis también ayuda y mucho a vivir en medio del mundo. Porque la fe, bien sabemos no va por una senda paralela a la vida cotidiana. Al revés; como la esponja que se sumerge en el agua y se impregna de agua, la fe se “sumerge” en la vida cotidiana. Lo que equivale a decir que la fe lo impregna todo.

La fe nos ayuda a ser mejores personas

Ante un mundo estresado y ansioso, la fe nos brinda calma interior y sobre todo la verdadera paz. “Mi paz les dejo”. (Jn. 14, 27).

Ante un mundo embarullado y enredado, la fe nos devuelve una mirada clara, profunda y sencilla de la realidad natural y sobrenatural.

Ante un mundo conflictivo, la fe nos enseña a ser comprensivos y “perdonadores” con los demás y con uno mismo.

Ante un mundo seducido por el individualismo, la fe nos enseña a salir de nuestro ego, a salir de nuestro ombligo y mirar y amar al prójimo.

Ante un mundo atemorizado, la fe nos ayuda a vencer los miedos. “No tengan miedo”, leemos una y otra vez en el Evangelio.

Ante un mundo que manipula, retuerce, desprecia y hasta destroza el cuerpo humano, la fe nos invita a mirar, admirar y respetar la maravilla de la persona humana. Dotada de un cuerpo y alma hechos a imagen y semejanza de Dios.

Ante un mundo confundido, la fe nos muestra quien es la Luz y la Verdad.

Ante un mundo apagado y tristón, la fe nos brinda la inmensa alegría de sabernos hijos de Dios. Un Dios que es Padre, que nos creó y nos redimió enviando a su propio Hijo. Un Dios que nos revela el camino para llegar a Él. Que nos dejó congregados en la Santa Iglesia Católica, que se nos da en los sacramentos. Que en su “Hagan esto en memoria mía” da el poder a los sacerdotes de celebrar la Santa Misa y consagrar para quedarse íntimamente presente en la Santa Eucaristía. Un Dios que nos colma de tantos bienes inmerecidos que nos invitan a hacer de nuestra vida un canto que derroche felicidad.

No existe ciencia, ni arte, ni terapia, ni técnica de relajación, ni disciplina que nos haga tanto, tantísimo bien, como la fe cristiana. “¡Con qué pagaré al Señor todo el bien que me hizo!” (Salmo 116)

A pesar de nuestras fallas, y sin mérito alguno de nuestra parte, somos indignos instrumentos de los infinitos beneficios que la catequesis brinda. Dando catequesis, enseñamos el amor a Dios, al prójimo y a uno mismo. Animamos a vivir la paz que nada ni nadie en este mundo puede dar. Mostramos una mirada apasionante del mundo y de la persona humana. Y procuramos educarla para que pueda vivir las virtudes naturales y sobrenaturales. En fin, dando catequesis, destacamos el sentido profundo de las cosas. Decía el genial Chesterton que si perdiéramos el sentido de lo sobrenatural, hasta lo natural se desvirtúa.

¡Cuánto bien se puede hacer dando catequesis! Pongamos pues, todos los medios humanos y divinos para llevar a cabo esta sagrada labor que nos encomendó Nuestro Señor.

G: Las ciencias del sembrador

A la hora de sembrar... ¿qué debe conocer un buen sembrador?

- ¿La semilla?
- ¿La tierra?
- ¿El clima?
- ¿Alguna técnica?

Sin lugar a dudas, habrá que conocer todo eso. Ningún aspecto escapa a quien desea realizar su oficio con idoneidad.

Algo semejante sucede con nuestra labor catequística. Porque el **catequista es un “sembrador de Dios”**. Como todo buen sembrador, iremos poniendo todos los medios divinos y humanos para que la semilla de la fe, nazca, crezca y dé frutos abundantes.

Es tan bonita, tan clara y sobre todo tan humana y divina la imagen de la siembra, que nos valdremos de ella para meditar sobre esta sagrada misión que es la catequesis.

“De hecho -dice el Papa León XIV-, cada palabra del Evangelio es como una semilla que se arroja al terreno de nuestra vida”¹⁹.

Por eso, a la luz del sembrador, la semilla, la siembra y sus diversas técnicas iremos meditando sobre la catequesis y dando forma a cada capítulo de este escrito:

La siembra: la labor en sí misma: dar catequesis. ¿En qué consiste esta siembra? ¿Qué es la catequesis?

La semilla: el mensaje de la fe. El contenido que vamos a transmitir.

El sembrador: el catequista. Nadie da lo que no tiene; **seamos primero tierra fértil** para que la semilla fructifique primero en nosotros mismos.

La tierra: el niño, joven o adulto que recibirá la catequesis.

¿Cómo sembrar?: ¿cómo dar catequesis? Los diversos recursos que utilizaremos para sembrar. Los medios sobrenaturales y los recursos naturales que harán posible que llegue el mensaje de la fe.

El clima: el entorno de quien recibe el mensaje de la fe: la familia como lugar privilegiado para recibir y vivir la fe.

En este primer capítulo hemos considerado la catequesis como siembra, continuemos con la semilla.

¹⁹ León XIV, Audiencia del 21 mayo de 2025.